

Gracias, D. Rafael.

Juan José Garrido Zaragoza

Conocí a Don Rafael Sanus en 1967, cuando recién terminada mi licenciatura de filosofía en la Universidad Católica de Lovaina me reincorporé al Seminario de Valencia para iniciar los estudios teológicos. Durante el curso 1967-1968 lo tuve de profesor de "Introducción a la teología". Una materia entonces secundaria en el plan de estudios, pero que don Rafael, por su rigor intelectual y exigencia académica, convirtió en principal. Aún conservo los apuntes de aquellas clases y los releo de vez en cuando. La exposición que hizo Don Rafael del acto de fe me impresionó sobremanera. Poco después ingresé como becario en el Colegio Mayor Universitario de San Juan de Ribera en Burjassot, del que Don Rafael era Director, dando comienzo entonces una relación personal que no tardó en ser verdadera amistad, y que, gracias a Dios, dura hasta el presente. Los años de convivencia, primero en Burjassot y más tarde en el Colegio del Patriarca, los considero un regalo al que me será muy difícil saber corresponder. Cuando en 1989 fue nombrado obispo auxiliar de Valencia tuve la satisfacción de dedicarle un pequeño escrito mío titulado "Sensibilidad actual y actitud evangelizadora", con las siguientes palabras: "Al Excmo. y Rvdmo. D. Rafael Sanus, maestro, amigo y compañero, a quien por su profunda fe, sabiduría cristiana y gran humanidad, debo tanto". Y estas palabras siguen expresando hoy mis sentimientos.

En una amistad larga en años hay sin duda alguna una gran cantidad de gestos, acontecimientos, conversaciones, cosas y sucesos compartidos, que la memoria ha conservado y que de algún modo han contribuido a ser lo que uno es. Quisiera contar dos anécdotas que para mí tuvieron especial importancia y que recuerdo muy bien, aunque quizás Don Rafael las tuviera más borrosas en su memoria.

La primera remonta a los años de Burjassot, cuando yo era aún alumno de Teología. Don Rafael y yo paseábamos una tarde por aquel espléndido jardín y yo le iba comentando, quizás con cierta pedantería y autosuficiencia, mis impresiones sobre las materias teológicas que en ese momento estaba estudiando. Don Rafael me dejó hablar y me escuchó pacientemente y cuando terminé, después de un breve silencio, me dijo más o menos lo siguiente: "veo que progresas en tus estudios teológicos y que has aprendido cosas, pero tengo la impresión de que te falta sentido teológico". Yo me quedé sorprendido y, por qué no decirlo, molesto, ante este comentario. Resultaba que ahora yo carecía de sentido teológico. Me defendí como pude y trate de justificarme. Y le pedí que me explicara en qué consistía eso del sentido teológico. Su respuesta fue aproximadamente ésta: "Mira, uno puede tener vastos conocimientos de historia del arte, poseer una gran erudición de autores, fechas, estilos, épocas y, sin embargo, no ser capaz de intuir y discernir una obra bella cuando la tiene delante de los ojos. El sentido estético es algo más que tener conocimientos en arte. Se puede decir que es cuestión de gusto, y un gusto se educa lentamente mediante la contemplación y meditación de obras bellas; se trata, en el fondo, de ir creando en uno mismo una cierta afinidad espiritual

con lo bello, y eso es algo que los libros y los manuales solos no pueden dar. Con la teología pasa algo semejante: es algo más que un conjunto de doctrinas y conceptos. La teología es la vida misma de fe que se hace consciente, que reflexiona sobre sí misma. Por eso sólo el creyente puede ser teólogo en sentido completo, aunque un no creyente puede saber teología. La teología debe surgir de esa vida de fe, responder a sus exigencias más íntimas, y luego revertir sobre ella. Se trata también de "gusto teológico", de afinidad espiritual, de sabiduría. Si la estructura conceptual teológica permanece como algo exterior a la vida de fe y no responde a una necesidad interior, se podrán saber muchas doctrinas teológicas, pero no se poseerá sentido teológico."

Probablemente no sean éstas las palabras exactas que utilizó Don Rafael, pero esta es la idea que se me quedó grabada y que recuerdo. Me costó aceptar lo que en un primer momento recibí como un reproche, pero no podía dejar de pensar en ello. Esta observación de Don Rafael acabó siendo para mí un reto y un estímulo. Gracias a ella fue cambiando mi actitud hacia la teología y mi forma de estudiarla. Procuré buscar siempre la relación de las tesis teológicas con los problemas reales que la fe y la vida cristiana suscitaban. Le tomé gusto a la teología y quiero pensar que con el tiempo he adquirido algo del sentido teológico del que carecía. Si a lo largo de mi vida no he abandonado nunca el estudio y la lectura teológicas, siendo así que mi actividad intelectual ha estado preferentemente dirigida hacia la filosofía, es algo que debo a aquellas palabras de Don Rafael.

La segunda anécdota tuvo lugar años más tarde. Yo era ya Director del Colegio de Burjassot y profesor del Centro de Estudios Teológicos, y Don Rafael Rector del Seminario. Muchos días, al terminar las clases, subía a sus estancias para conversar un rato con él. Eran los tiempos fuertes del post-concilio.

Como recordaremos, por aquel entonces hicieron su aparición en nuestro mundo intelectual obras como las de P. Tillich, P. Van Buren, J.A. Robinson, D. Bonhoeffer, Altziger, H. Cox, etc.; obras de talante muy diverso y de desigual valor, pero que tenían en común una acrítica exaltación de lo humano y una interpretación secular de la fe y del evangelio. Se expresaba en ellas, no un justo y equilibrado reconocimiento de lo humano, sino una decidida voluntad de llevar adelante un proceso secularizador, entendido como emancipación del hombre, de las instituciones y de la cultura, incluso de las conciencias, de la tutela de lo religioso. Para ser más exactos: se proponían eliminar "lo religioso", concebido como refugio de ignorancia y tapaagujeros, y signo de una situación humana caracterizada por la minoría de edad. Estos autores crearon entre nosotros un clima intelectual en el que se valoraba con entusiasmo la ciencia y su poder; y en el que se nos hizo aceptar sin reservas el "mito" de la adultez humana y de los incontables beneficios, incluso para el mismo cristianismo, de la secularización; creó sospechas hacia todo lo que sonara a "sobrenaturalismo" y, en algunas cosas, favoreció una interpretación puramente imanentista de Dios y de Cristo.

En ese clima muchas realidades cristianas fundamentales fueron cuestionadas, como, por ejemplo, la oración. ¿Tenía sentido la oración en un mundo secular que ha alcanzado la mayoría de edad? ¿Hay que pedir a Dios lo que nosotros

mismos nos podemos dar con nuestro esfuerzo y saber? ¿No es la vida humana asunto exclusivo del hombre? Cuando, como era frecuente entonces, teníamos que dar charlas y conferencias sobre estos temas, nos las veíamos y deseábamos para dar una visión verdaderamente cristiana de las cosas. En una ocasión yo tuve que hablar precisamente sobre la oración en un mundo secular ante unos oyentes universitarios. Y una de esas mañanas en que subía a la rectoral para conversar con Don Rafael, le comenté el asunto y le expuse el enfoque que iba a darle, haciendo especial referencia a la oración de petición. Mi idea era la siguiente: diferenciaba dos esferas en la vida: la sobrenatural y la natural; en la sobrenatural incluía la fe, esperanza y caridad, que, como tales, no estaban al alcance de nuestra acción, pues son un don de Dios, por lo que debían ser siempre objeto de súplica constante. Pero en el ámbito de lo natural, como la salud, el éxito de un proyecto, ganar unas oposiciones, etc, el hombre debe remitirse a sí mismo y utilizar los recursos humanos propios para conseguirlo. Resumiendo: sólo tenía que ser objeto de petición a Dios aquello que no estaba al alcance del saber y poder humanos.

Ingenuamente esperaba que Don Rafael aprobara semejante planteamiento. Pero apenas terminé de hablar me soltó sin rodeos: "te equivocas totalmente". Y desmontó mi "brillante idea". Me dijo muchas cosas: que yo partía del supuesto de que el hombre había llegado a la edad adulta, y que esto era muy cuestionable. Pero que, adulto o no, el hombre será siempre un ser indigente y menesteroso, una criatura, nunca Dios, y que ese hombre reconoce su indigencia poniéndose en las manos de su creador y salvador, sea cual sea. su situación; que orar era precisamente esto: la actitud confiada y humilde por la que el creyente se pone incondicionalmente en las manos de Dios y le pide luz, fuerza, ayuda; o le da gracias, o suplica su perdón; que es el hombre entero, con su poder y debilidad, con su saber e ignorancia, con sus éxitos y fracasos, con su salud y su enfermedad, con sus temores y esperanzas, el que ora poniéndose confiadamente en las manos de quien todo lo puede; que en este terreno y también en otros, esa distinción tan tajante que yo establecía entre el orden de lo natural y lo sobrenatural no tenía mucho sentido, pues la fe debe penetrarlo todo y transfigurarlo todo".

Terminó recomendándome varias lecturas y cuando me despedía, como de pasada, me sugirió que relejera los evangelios sin esquemas "secularizantes", que encontraría allí todo lo que necesitaba para hablar de la oración. Tenía razón. El sentido profundamente religioso de Don Rafael desveló de inmediato la pobreza de mi pensamiento. Le hice caso y cambié totalmente el enfoque de mi charla. En verdad, no tuve mucho éxito. Mis oyentes, imbuidos también del clima secularizador, esperaban otra cosa. Pero Don Rafael con sus palabras me ayudó a afinar mi sentido crítico frente a doctrinas de moda y me hizo caer en la cuenta de que nunca hay que tratar con ligereza y superficialidad las cosas que afectan a la fe y a la vida cristiana:

Como he dicho antes, es posible que Don Rafael, que trató y conversó con tantas personas a lo largo de su vida, no recordase estas anécdotas. Pero si yo las he guardado en mi corazón es porque fueron decisivas en mi vida. Recordarlas ahora, cuando acaba de dejarnos, y todos nos sentimos un poco

huérfanos, es para mi una manera de expresarle, una vez más, mi filial agradecimiento.

Valencia, 18 de mayo de 2010.